

VERÓNICA MILLENAAR (CONICET - IDES – UNGS)

veromillenaar@yahoo.com.ar

Entre el compromiso, la exploración y la socialización. Relaciones de mujeres jóvenes con la actividad laboral

Introducción

Un informe reciente sobre las condiciones laborales juveniles en la Argentina (PREJAL, 2008) muestra datos contundentes, en especial, en el caso de las mujeres: las jóvenes mujeres presentan una tasa de inactividad que supera a la de los varones, altísimas tasas de desempleo (que llega al 42 % entre las adolescentes) y elevados índices de informalidad laboral. Ante este escenario, la presente ponencia se pregunta por las particularidades que adquiere, entre las mujeres jóvenes, la relación con el trabajo.

Las dificultades que las jóvenes mujeres enfrentan para insertarse en empleos estables y sostenerlos en el tiempo se relacionan, por un lado, a su pertenencia al colectivo joven. Como muestran diversos estudios (Jacinto y Chitarroni; Salvia, 2008; Pérez 2008), desde hace unas décadas, los jóvenes se encuentran entre la población más afectada por el desempleo y la inestabilidad laboral. Asimismo, las chicas ven ampliadas sus dificultades ante la condición misma de ser mujeres; viéndose afectadas, desde este modo, por una *doble desventaja*. Si bien esto puede resultar un elemento determinante en sus posibilidades de inserción, sostenemos que las mujeres jóvenes se vinculan con el trabajo desde una compleja articulación entre posibilidades, deseos y necesidades. En este sentido, las *identidades de género* juegan un papel relevante en el modo en que las jóvenes construyen sus trayectorias laborales; ya sea fortaleciendo su relación con el trabajo o alejándolas de esa experiencia en función de otros proyectos que resultan centrales en sus vidas. ¿Qué elementos facilitan u obstaculizan su inserción en el trabajo y la posibilidad de sostenerlo en el tiempo?

Desde hace unos años se evidencia un fuerte crecimiento de la matrícula de jóvenes mujeres en cursos de formación profesional. Dichos cursos¹ brindan una alternativa de formación entre el conjunto de jóvenes (varones y mujeres) sin estudios secundarios o

¹ En la Argentina, la Formación Profesional se dirige a jóvenes y adultos de más de 16 años de edad. Comprende cursos de hasta dos años de duración que se brindan tanto desde una gestión estatal como desde una gestión privada, ya sea a través de las Organizaciones de la Sociedad Civil o de centros educativos con fines de lucro.

primarios, como así también entre los jóvenes egresados de escuelas secundarias². Sin embargo, el crecimiento en la matrícula juvenil es principalmente femenino. Ello responde al acercamiento de las mujeres al mercado de trabajo y al incremento de sus tasas de actividad, que generan un estímulo a recibir capacitación; como así también al significativo incremento de sus niveles educativos durante las últimas décadas. También responde al incremento del desempleo que afecta mayormente a las mujeres y que se transforma en un estímulo a ampliar la propia formación con vistas a la reinserción en el mercado de trabajo. ¿Facilitan los cursos de capacitación laboral la inserción de las mujeres jóvenes al mercado de empleo? ¿De qué manera incide un curso de formación laboral en las trayectorias laborales de las jóvenes? ¿Interviene esa experiencia en el fortalecimiento o resignificación de sus vínculos con el trabajo?

Con el fin de responder a estas preguntas, hemos analizado cómo incide la experiencia de capacitación laboral en las trayectorias laborales de mujeres jóvenes. El objetivo es reconocer dicha incidencia no sólo en el mejoramiento o no de su situación ocupacional, sino también en las posibles modificaciones respecto del modo en que significan el trabajo y se relacionan con la actividad laboral. Para ello, se realizaron entrevistas en profundidad a 18 jóvenes mujeres (de entre 18 y 32 años de edad) que asistieron a dos centros de capacitación laboral³ y se reconstruyeron sus experiencias laborales, educativas y familiares, antes de entrar a la capacitación y luego de haberla terminado. La entrevista indagó, particularmente, en la evaluación que ellas tienen de esas experiencias de capacitación (qué buscaban allí y a partir de qué motivaciones se inscriben en los cursos), los sentidos atribuidos al trabajo, sus proyectos y percepciones sobre el hecho de ser mujeres y trabajadoras. El análisis, por tanto, se centra en las *estrategias* desplegadas por las jóvenes en torno al trabajo, antes y después de la asistencia a los cursos. Mostraremos cómo dichas estrategias se ven orientadas de acuerdo a sus identidades de género que funcionan al modo de *reglas implícitas del sentimiento* respecto del trabajo y de otros proyectos vitales y que constituyen la condición de posibilidad de conductas y actitudes frente a las propias trayectorias laborales.

Trayectorias laborales de mujeres jóvenes

² A modo de ejemplo, en la provincia de Buenos Aires, la matrícula de alumnos inscriptos en cursos de formación profesional era de 96.032 en el año 2007. De ese total el 55,32% eran jóvenes de hasta 29 años de edad.

³ Los centros seleccionados corresponden a dos “tipos” diferentes: uno se trata de un centro público de formación profesional que funciona en convenio con una organización sin fines de lucro; el otro corresponde a una ONG que brinda capacitación laboral y que no otorga certificación oficial.

De acuerdo a lo que sostiene la literatura desde hace un tiempo, las mujeres jóvenes enfrentan una *doble desventaja* a la hora de insertarse en el mercado de empleo y relacionarse con la actividad laboral. ¿Cuáles son los aspectos que evidencian esta dificultad?

En primer lugar, se visualiza que las mujeres, contando con la misma formación que los varones, acceden a empleos de menores salarios, de menor tiempo de trabajo o en situación de mayor desprotección (Couppie y otros, 2006). El problema es, para las jóvenes, no tanto la posibilidad de acceder a una formación en igualdad de condiciones que los varones, sino las oportunidades que esto abre para ellas. Para cada especialidad laboral existe un “núcleo de empleos” de mayor prestigio, remuneración y calidad, a los que a las mujeres les resulta más difícil acceder (Épiphane, 2006).

En segundo lugar, resulta significativo el hecho de que las chicas tienen menos chances de insertarse en empleos estables y menos chances aún de acumular experiencia laboral de estabilidad. Así lo muestra una investigación reciente sobre trayectorias de inserción laboral de jóvenes pobres que participaron de cursos de formación laboral. De acuerdo a los datos que se desprenden de la muestra de jóvenes investigados (Jacinto y Chitarroni, 2009), las características de la inserción en los primeros empleos son diferentes entre varones y mujeres. A ellas les cuesta más acceder a un primer empleo (muestran mayor porcentaje de desocupación y de corrimiento hacia la inactividad luego de un período de búsqueda)⁴ y cuando sí acceden a un empleo, les cuesta sostenerlo en el tiempo. Sus empleos se ven interrumpidos, en mayor medida que los varones, por razones que ellas consideran “involuntarias”.

Ambas cuestiones se ven vinculadas a las características de intermitencia que presentan las trayectorias femeninas. El fenómeno de las frecuentes entradas y salidas de la actividad, que se asocian a las dificultades de mantener cierta estabilidad en el empleo por lo compromisos domésticos y de maternidad, es un aspecto importante en los recorridos y estrategias de las jóvenes, que no sólo resulta un efecto de acontecimientos familiares, sino también de la tensión que ellas viven entre proyectos alternativos de vida que, a veces, resultan difíciles de compatibilizar. La ambivalencia entre sostener un empleo o quedarse en casa y dedicar más tiempo al hogar y los hijos resulta un tema de gran relevancia en la

⁴ La mencionada investigación sustenta sus datos en una muestra propia de jóvenes sobre los cuales se reconstruyeron sus trayectorias de inserción. Asimismo, presenta datos generales de inserción de jóvenes de 15 a 29 años en la Argentina en base a un procesamiento efectuado a partir de la EPH continua (INDEC). Se analizaron datos durante un semestre en particular (en paneles distintos de los años 2003, 2004 y 2005) y durante el mismo semestre un año después (2004, 2005, 2006). El promedio de los tres paneles arroja la siguiente tendencia: entre las jóvenes mujeres que buscaban empleo en la primer onda, un año más tarde sólo un 30% había logrado ocuparse; un 39% se encontraba desocupada y un 30% había desistido de la búsqueda y efectuado un corrimiento hacia la inactividad (Jacinto y Chitarroni, 2009).

configuración de los recorridos laborales de las jóvenes. Es, en efecto, un elemento de análisis recurrente cuando se abordan, en particular, sus experiencias respecto del trabajo porque en dicha tensión es posible visualizar diferentes estrategias y tomas de decisión. Las permanentes dificultades que se les abren a las jóvenes para sostener sus trabajos, requieren de frecuentes actualizaciones de esas decisiones y compromisos.

Los diferentes elementos mencionados sugieren que el problema de la inserción laboral de las jóvenes no sólo está ligado a las restricciones estructurales del mercado de trabajo (es decir: la cantidad y tipo de empleos disponibles a los que pueden acceder y las condiciones de trabajo que se les ofrecen). El modo en que mujeres y varones se vinculan con el empleo se encuentra asociado a sus identidades de género que se configuran a partir de los roles diferenciados que les son atribuidos a los sexos. Estos roles históricamente asignados –y también largamente resistidos y cuestionados- funcionan como esquemas organizadores de prácticas y discursos, y es a partir de ellos que varones y mujeres configuran sus identidades de género (y delimitan *estrategias* diversas a partir de ellas).

Así, en las posiciones que asumen las mujeres frente al trabajo es posible reconocer diferentes representaciones de género. Arlie Hochschild (2008) ha elaborado una clasificación de distintas ideologías de género (reglas implícitas del sentimiento acerca de cómo debería sentirse uno respecto del trabajo y de otros proyectos vitales) que constituyen la condición de posibilidad de conductas y actitudes y, en definitiva, de *estrategias* frente a las propias trayectorias laborales. Dichas “reglas implícitas” podrían comprenderse como aquellas disposiciones subjetivas que son compatibles con las condiciones propias de existencia (posibilidades e imposibilidades objetivas). De este modo, las identidades de género (para algunas autoras factibles de ser llamadas también representaciones, *performance* o ideologías⁵) pueden asociarse a lo que Bourdieu (2007) nomina como *habitus*: disposiciones duraderas y transferibles que funcionan como principios generadores y organizadores de prácticas; que si bien pueden aparecer como naturales o como elecciones personales de los sujetos, están estrechamente vinculadas a sus posiciones en la estructura social y de clase. Sintentizamos la clasificación de la autora a continuación:

⁵ Marta Lamas (1999) plantea que las identidades de género se han comprendido de diversas maneras pero que siempre se ha colocado el foco en cómo la cultura y sus estructuras simbólicas encarnan en los cuerpos y mentalidades de varones y mujeres. Estereotipos fijos de género se inscriben sobre los cuerpos biológicos pero a partir de una relación desigual y jerárquica. Las identidades de género, de este modo, encarnan una relación de poder, cultural e histórica, en los modos de pensar, sentir y actuar de varones y mujeres.

- Mujeres con ideología de género *tradicional*: Para ellas, el lugar de la mujer es su casa, incluso ante la situación obligada de tener que salir a trabajar afuera. Su proyecto de vida está centrado en la crianza de los hijos y cuidado de la familia.
- Mujeres con ideología de género en *transición*: Para ellas, el trabajo es una posibilidad y un proyecto para las mujeres, que debe mantenerse mientras se logre un equilibrio con las tareas familiares, que también son de su responsabilidad.
- Mujeres con ideología de género *igualitaria*: Para ellas, varones y mujeres deben compartir la posibilidad de trabajar fuera y dentro del hogar. El trabajo adquiere el estatuto de una fuente de realización personal.

El modo en que una joven se percibe como mujer y trabajadora, el lugar que le asigna a la actividad laboral y sus proyectos a largo plazo dejan entrever un particular modo de identificarse (o no) con mandatos de género históricos y culturales. En este sentido, los roles de género socialmente construidos y cristalizados en la cultura, no necesariamente *determinan* las identidades de los sujetos ni constituyen esquemas inmutables e imposibles de revertir. Henrietta Moore (1994) argumenta que varones y mujeres resultan individuos constituidos desde múltiples identificaciones que nunca los determinan unívocamente. La estructura de género es una organización simbólica, retórica y léxica que encuentra anclajes fijos y permanentes. Pero la construcción de identidades de género individuales, pueden reproducir, resistir o transformar esos discursos y categorías estructurantes. De este modo, el replanteo o cuestionamiento de dicha estructura, puede modificar las identidades de género y, a partir de allí, los vínculos que se establecen con la actividad laboral; siendo posible también pensar el camino inverso.

En la presente investigación se ha tomado como punto de partida la posibilidad de que, aún ante las mismas condiciones socioeconómicas y educativas, las identificaciones de género no sólo son diversas, sino que además pueden favorecer u obstaculizar transiciones laborales. Así, el análisis de las trayectorias de las jóvenes ha pretendido reconocer dichas identificaciones en las prácticas y estrategias concretas de las jóvenes.

Las jóvenes entrevistadas: entre el compromiso, la exploración y la socialización

En los apartados que siguen, queremos caracterizar las trayectorias de las jóvenes entrevistadas y dar cuenta de los efectos que los dispositivos de capacitación producen en sus recorridos laborales y educativos, como así también en sus motivaciones y aspiraciones a futuro. Como se ha postulado en diversas investigaciones (Casal, 1996; Walter y Phol, 2007;

Jacinto *et al.*, 2005; Longo, 2008), el estudio de trayectorias es una propuesta analítica que permite integrar diversos aspectos de las construcciones juveniles. Brinda la posibilidad de observar una sucesión de acontecimientos biográficos y registrar en ellos los efectos que produce el hecho de ocupar una posición en la estructura social (el capital educativo y económico con el que se cuenta, por ejemplo), como así también aspectos de la subjetividad de los jóvenes (motivaciones, proyectos, sentido sobre el trabajo y el estudio). Ambas dimensiones permiten reconocer las limitaciones y los recursos con los que cuentan los actores en la configuración de sus trayectorias⁶. A su vez, dicha perspectiva permite integrar una perspectiva de género en el análisis de las construcciones juveniles. Esta perspectiva implica analizar elementos estructurales y determinantes (como las segmentaciones existentes en el mercado laboral) como así también factores subjetivos, ligados a las identidades de los jóvenes como mujeres y varones.

A partir del análisis efectuado, hemos intentado rastrear algunas de las marcas que produce el pasaje por un curso de capacitación en las trayectorias de los jóvenes. Dicha experiencia puede tener efectos significativos, tanto en la conformación de sus disposiciones al trabajo (Jacinto y Millenaar, 2009) como en sus identidades de género. Estas identidades, que en ocasiones pesan como mandatos difíciles de evadir, pueden ser visualizadas o resignificadas a partir del paso por experiencias institucionales. En este sentido, la incidencia de la asistencia a los cursos se corresponde con las construcciones biográficas previas de las jóvenes; es decir, con el modo en que las chicas “llegan” a las instituciones.

En este sentido, se distinguieron diferentes “perfiles de trayectorias” al momento de inscripción a los cursos. Dichos perfiles se construyeron a partir de dos registros. Por un lado, se rastrearon algunos de los *condicionantes estructurales* con las que contaban las jóvenes al momento de inscripción en los cursos (particularmente sus niveles educativos y experiencias laborales previas). Por otro lado, se analizaron los *aspectos subjetivos* imbricados en sus elecciones respecto de la capacitación y de su actividad laboral; elementos que nos permitieron reconocer diferentes identidades de género en las jóvenes que componen cada uno de los grupos. Dichas identidades fueron caracterizadas de acuerdo al registro, en las propias voces de las jóvenes, de sus percepciones sobre el propio rol como mujeres dentro y

⁶ Como plantea Bourdieu, las limitaciones y recursos con los que cuenta cada sujeto son factibles de ser traducidos teóricamente como los “condicionantes objetivos” de la práctica social: las posibilidades e imposibilidades, facilidades e impedimentos que la ciencia aprehende a través de las regularidades estadísticas en calidad de probabilidades objetivas vinculadas a un grupo o clase (Bourdieu, 2007). Si bien la acción individual parece ajustarse a esos condicionantes objetivos, siempre existen márgenes de variación en el modo en que estos son apropiados y significados por los actores. Los elementos subjetivos imbricados en las construcciones de los sujetos juegan un papel relevante en la configuración de sus trayectorias.

fuera del hogar, sus sentidos atribuidos al trabajo, sus valoraciones respecto de sus experiencias laborales y sus proyectos futuros. En cada una de estas dimensiones, pueden reconocerse visiones particulares sobre el lugar asignado al trabajo en la propia vida y en la vida de las mujeres en general. De acuerdo a la definición de Arlie Hochschild, dichas visiones, si bien son propias y personales, esconden pautas implícitas impuestas por la cultura que actúan “reglando” los sentimientos, miradas y juicios de las jóvenes sobre el trabajo y su lugar en la propia vida.

Chicas comprometidas

Un primer grupo de jóvenes se caracteriza por haber tenido experiencia laboral previa al curso y por mostrarse *comprometidas* con una inserción en un trabajo estable que permita desarrollar una carrera profesional. Comparten la percepción de la actividad laboral como una tarea de vital importancia en sus vidas y en sus proyectos futuros. La mayor parte de las jóvenes de este grupo no había completado el secundario al momento de asistir al curso (aunque en todas existía el deseo de completarlo en un futuro). Lo que en ellas prevalecía era la meta de un mejoramiento de su inserción laboral. Respecto del curso, ellas mencionan que la propuesta formativa se ajustaba a su plan laboral, previamente conformado. Todas las chicas de este grupo, al haber ya trabajado, sabían que contaban con *la práctica* pero que les faltaba dar un salto para ampliar sus oportunidades laborales y acceder a empleos de mejor “calidad”.

“Me llamó la atención. Y más que había formación en gastronomía. Porque yo ya tenía conocimientos, era lo que me gustaba, lo que sabía, ya había trabajado de chica y de hecho me quería dedicar a eso.” (Ana, 21 años, curso de gastronomía)

Las jóvenes de este grupo manifiestan el haber “decidido” trabajar en los comienzos de su trayectoria laboral para pagar sus gastos personales, para ayudar a su familia o como una oportunidad de comenzar un proyecto autónomo y propio. Se destaca en este grupo la valoración positiva que se tiene de los trabajos ya realizados (aunque, en su mayoría, fueron realizados en condiciones precarias) y de la propia inserción laboral, que se ve asociada a la *realización personal*. Todas ellas coinciden en los beneficios del trabajo fuera del hogar entre las mujeres, como posibilidad de satisfacción personal y valoración de sí mismas.

“El trabajo es todo. Es lo que te da dignidad, es lo que te ayuda a seguir, si querés emprender un proyecto en tu vida, para todo necesitás trabajar. Si la mujer no trabaja, no prospera. Se dice que se valora más una mujer cuando está trabajando, cuando hace algo de su vida.” (Dolores, 20 años, curso de ventas)

Las chicas comprometidas comparten una visión de género que enfatiza en las condiciones de *igualdad* entre varones y mujeres. Según las jóvenes, tanto los varones como las mujeres tienen la obligación de compartir el trabajo dentro del hogar, como así también el derecho a construir carreras profesionales autónomas. Este grupo de jóvenes se caracteriza por mantener una convicción respecto del valor de acceder a un empleo extra doméstico entre las mujeres.

Las jóvenes de este grupo manifiestan tener una *fuerte voluntad* de crecimiento profesional y eso incluye el deseo de formarse a través de la capacitación. Uno de los aprendizajes principales que las jóvenes de este grupo destacan es la posibilidad de haber aprendido a gestionar con eficiencia los “dilemas domésticos” que posiblemente surjan ante la situación de salir a trabajar. Esto ya se vivencia en la misma cursada: la capacitación es algo propio, que implica poder organizar los tiempos y responsabilidades personales:

“- Cómo hacías con el tema de tus hijos ¿podías venir con ellos (al curso), los podías traer?”

- No sé si los podía traer, no pregunté, supongo que no. Igual yo no los hubiese traído. No corresponde, porque acá me estoy formando. No podría traerlos y aprender al mismo tiempo.” (Dolores, 20 años, curso de ventas)

Las experiencias en los cursos resaltadas por las jóvenes comprometidas se centran principalmente en la posibilidad de aprender a ser trabajadoras más competitivas (y volverse más *empleables*). Esto refleja las exigencias contemporáneas del mercado de trabajo que busca trabajadores autoorganizados y autocontrolados (Boltanski y Chiapello, 2002). El aprendizaje que resaltan las chicas refiere, precisamente, a contar con las estrategias para realizar una “gestión de sí mismas”: saber manejarse, organizarse y “venderse” en los trabajos.

“Aprendí a sentirme más segura. Saber que uno cuando está hablando con el otro se vende a uno mismo. Sin decir “yo soy el mejor”, pero mediante palabras y expresándose bien, hacer saber que uno es el mejor para ese puesto (...) Yo cambié muchísimo y mejoré muchísimo. Para hablar, para expresarme con las manos, organizar mis tiempos, todas esas cosas las fui incorporando.” (Dolores, 20 años, curso de ventas)

Ahora bien, si las trayectorias previas al curso de las chicas comprometidas se distinguían por estar fuertemente centradas en la experiencia laboral, ¿qué ocurrió luego de la capacitación?

La mayoría de las jóvenes al momento de la entrevista había logrado no sólo cambiar de trabajo e insertarse en un empleo del ámbito formal, sino que, además, había podido sostenerlo

en el tiempo. Además, todas las jóvenes coincidieron en haber podido delinear un *proyecto ocupacional*. Ello incluye la gestión personal, tanto de un plan de formación, como de un plan de carrera laboral.

A pesar del mejoramiento de la situación laboral entre las jóvenes de este grupo, es interesante señalar que muchas de ellas realizaron un reclamo respecto de los trabajos a los que habían accedido, principalmente por sus salarios. Entre las trabajadoras del rubro gastronómico, ello era claramente visible: las mujeres recibían menor paga que sus compañeros varones ante las mismas tareas. Además, las jóvenes manifestaron sentirse menos beneficiadas que sus compañeros. Sin embargo, ellas coincidieron en que eso no debe convertirse en un obstáculo. Ante esa discriminación, las mujeres tienen que comportarse con seguridad y carácter para “hacerse un lugar”.

“A mis compañeras, a veces no las tratan bien. Pero yo creo que parte más que nada de la actitud de uno. De cómo enfrentás las situaciones. A mí, hasta el momento, no me han menospreciado, ni nada. Yo por lo menos, tengo un carácter bastante fuerte.” (Ana, 21 años, curso de gastronomía)

“- Puede ser que prefieran varones (...) Es una cuestión de la voluntad que le pongas. Nadie te va a regalar nada.

- ¿Y vos te llevás bien con los varones?

- Si, re bien. Soy un hombrecito más.” (Flavia, 20 años, curso de gastronomía)

Las chicas comprometidas se sienten diferentes al resto de las mujeres, con más carácter, más seguras y de alguna manera “masculinizadas” para poder entrar en el territorio laboral. Sus vínculos con el trabajo eran fuertes antes de iniciar el curso y lo sostienen luego de su egreso. Podemos establecer que la posibilidad de insertarse en un empleo estable y formal es *un hecho* para la mayoría de estas jóvenes. Sin embargo, esa oportunidad –antes del curso, más lejana- no se complementa con la obtención de un salario en igualdad de condiciones que sus pares varones. Las chicas logran insertarse en empleos que se encuentran asociados al mundo masculino (como en el caso de la gastronomía), pero lo hacen a costa de endurecer su carácter, “comportarse como hombrecitos” y aceptar pagas menores que los varones. Respecto de los sentidos atribuidos a la actividad laboral y sus proyectos vitales como mujeres, no parece haber transformaciones, sino un reforzamiento del compromiso con el trabajo.

Chicas exploradoras

Un segundo grupo de chicas entrevistadas se distingue porque no habían tenido experiencia laboral antes del curso y porque su relación con el trabajo se encuentra asociada a una búsqueda vocacional. La inserción en un empleo no constituye una meta principal, pero sí una acción estratégica en pos de un proyecto profesional futuro. Por las características del perfil, en este grupo se concentran las chicas más jovencitas. Lo que prevalece en ellas es un proyecto de estudio y el deseo de *explorar* una experiencia de trabajo. La mayoría de estas chicas se encontraba terminando el secundario al momento de acceder a la capacitación y deseaban continuar estudiando. Ellas sabían que necesitarían trabajar para solventar sus gastos y, por lo tanto, buscarían un trabajo a tal fin. Por otro lado, el curso les resultaba interesante en el marco de una estrategia acumulativa: para acumular certificados, experiencias, aprendizajes, etc.

“Yo quería terminar la secundaria y tener por lo menos una experiencia en algo, porque se consigue trabajo más fácil con experiencia... me agarró la locura de hacer todo en un año... cada certificado o diploma que tengas es importante.” (Cecilia, 19 años, curso de cocina)

El curso se percibía como una oportunidad para salir “mejor posicionadas” al mercado laboral; resultaba un aprendizaje más ante la incierta futura situación de terminar el secundario. También, en el caso de las chicas que ya lo habían terminado, permitía seguir en actividad. Después del secundario “quedarse sin algo para hacer” angustia; el curso era una manera de continuar estudiando y de realizar una actividad lo más próxima posible a una situación de trabajo.

“Yo quería hacer algo aparte de estar todo el tiempo acá en mi casa. Quería hacer algo y aprender algo más. Tener una base para salir a trabajar, porque yo nunca había trabajado.” (Mariana, 19 años, curso de ventas)

El grupo de chicas exploradoras se caracteriza por contar con fuertes apoyos familiares. Salir a trabajar no resulta una necesidad, ni un proyecto de realización personal, sino un acercamiento evaluativo respecto de un proyecto profesional más a largo plazo. Dicho proyecto incluye, además del estudio, la conformación de una familia. En este sentido, la estrategia es explorar diversas opciones y, en un futuro, acceder a un empleo que les permita también ser madres.

En este grupo de jóvenes, no se registran convicciones y argumentos firmes respecto del lugar del trabajo en la vida de las mujeres y sus identidades de género resultan más un cúmulo de percepciones no del todo problematizadas. Las jóvenes mencionan la “importancia” del trabajo y de la igualdad de condiciones entre mujeres y varones respecto de sus

posibilidades de inserción. Al mismo tiempo, mencionan el deseo de ser madres, cuestión que, según ellas, limitaría las posibilidades de trabajar en un futuro. En este sentido, el trabajo resulta un proyecto viable a largo plazo en la medida en que se logre compatibilizarlo con la aspiración a conformar una familia.

Si las trayectorias de las chicas de este grupo estaban centradas en una exploración vocacional y laboral, veamos qué ocurre luego del curso. Es interesante destacar que, al momento de la entrevista, sólo una de ellas no había logrado completar el secundario (pero se encontraba finalizándolo en un secundario de adultos). La meta de finalizar y continuar los estudios era muy fuerte en este grupo y se manifiesta claramente en los proyectos futuros de las jóvenes. La mayoría de ellas había comenzado una carrera terciaria o universitaria (no sin algunas “idas y vueltas” que en definitiva también responden a la lógica de exploración vocacional). En efecto, en algunos casos, el curso permitió confirmar una orientación en especial o descubrir una vocación antes desconocida.

“Yo me di cuenta de que a mi me gusta la cocina, y el día de mañana, cuando sea más grande, me gustaría tener un negocio de tortas mías, me encantan las tortas.” (Cecilia, 19 años, curso de cocina)

Algunas de las jóvenes exploradoras habían logrado insertarse en un empleo formal, aunque dos de ellas no lo habían podido sostener en el tiempo. Algunas situaciones irrumpen en las jóvenes como obstáculos “extra” que dificultan la posibilidad de sostener el empleo. Uno de estos casos es el de una joven egresada de uno de los cursos que entró como camarera en un bar, pero ante la situación de quedarse embarazada, sostener el trabajo se le hizo difícil. Después de casi dos años finalmente renuncia al trabajo y decide tomarse un tiempo para quedarse con su hijo. Las dificultades también aparecen cuando se pretende sostener un trabajo a tiempo completo y cursar en la facultad. Por ejemplo, una joven decide renunciar al trabajo y buscar un empleo part-time.

Entre las chicas exploradoras, los cursos inciden en la disposición al trabajo y en el mejoramiento de la empleabilidad. Ambos aspectos son importantes en la ampliación de oportunidades laborales a trabajadoras mujeres. De todos modos, la ambivalencia que se genera ante la situación de ser madre (que pone en tensión los proyectos de estudio y trabajo), puede impedir la posibilidad de sostener un empleo, aunque éste sea formal y con un buen salario. La inserción, en sí, no resuelve el problema de aquellas mujeres que, si bien aspiran a trabajar, no lo hacen de manera “incondicional” –como es el caso de las chicas comprometidas-. El empleo adquirido está sometido a las contingencias vitales de las jóvenes.

Es precisamente la *intermitencia laboral* (es decir, las interrupciones frecuentes de los trabajos) un problema significativo en las trayectorias laborales femeninas.

Chicas que buscan socializar

Un tercer grupo de chicas se manifiestan alejadas de la experiencia laboral. Comparten la percepción del trabajo como una actividad que debe realizarse por momentos, pero que no es elegida. En su mayoría, estas jóvenes habían tenido experiencia laboral previa pero vinculada a una estrategia de supervivencia (en general, en trabajos de corta duración y precarios). La mayoría ya eran madres, dedicadas a la crianza de sus hijos y a las tareas del hogar; siendo éste el principal proyecto de cara al futuro.

Las motivaciones para acceder al curso eran más generales que en los otros dos grupos: conocer amigos, participar de una experiencia de recreación o aprender a realizar las tareas domésticas de todos los días. Otras jóvenes mencionan el hecho de haber participado casi “por inercia”: el centro de capacitación se encuentra en el barrio, ofrece cursos interesantes, mucha gente asiste, es una actividad más para la comunidad. Este grupo de chicas se distingue porque se encuentra *en búsqueda de socialización*.

La totalidad de las jóvenes de este último grupo no había completado la escuela secundaria (en algunos casos, tampoco primaria) al momento de inscribirse en los cursos. De este modo, la capacitación resultaba la oportunidad de retomar el vínculo con una institución educativa luego de reiterados fracasos escolares. Era también un modo de ocupar el tiempo “libre”:

“Al curso de computación vine porque yo no iba más a la escuela y sinceramente no tenía ganas de ir a trabajar. Como no quería hacer nada, dijimos, bueno, vamos a acercarnos al curso.” (Paola, 22 años, curso de computación)

Como se ha mencionado, la mayor parte de las jóvenes de este grupo había tenido experiencia laboral, pero ésta no se encontraba valorada positivamente. Los trabajos, en general, se realizaron para ayudar económicamente a la familia en momentos de necesidad (sobre todo en el marco de la crisis económica de 2001 y años posteriores). Trabajar resultó una obligación ante el hecho de ser pobres y necesitar subsistir económicamente. Algunas de éstas jóvenes coinciden en que si tuvieran la oportunidad, *preferirían no trabajar*. El deseo de la mayoría es formar una familia y dedicarse a criar a sus hijos (aunque como veremos más adelante estas impresiones se van modificando a lo largo del curso y una vez que lo finalizan).

“-¿Cuál fue el motivo por el cuál decidiste trabajar en ese tiempo?”

-Y porque somos familias humildes... entonces uno cuando es joven y quiere tener ciertas cosas hay que ir a laburar (...) Yo voy a trabajar por necesidad. Porque si tengo y no necesito, me voy a quedar cuidando a mis hijas.

-Vos preferís quedarte en tu casa...

-Si, obvio. Si tengo, me quedo en mi casa.” (Adriana, 29 años, curso de computación)

Las jóvenes de este grupo comparten una ideología de género tradicional. Para ellas, el lugar de la mujer es su casa. Su responsabilidad se encuentra en el cuidado de sus hijos. El trabajo resulta una actividad momentánea, en tiempos de necesidad. El proyecto de vida se centra en la maternidad y el cuidado de la familia.

Respecto de las experiencias en los cursos, las jóvenes que buscaban socializar refieren principalmente a su participación social: se valora el haber constituido un grupo, el haberse hecho parte de una institución. Se resalta el haber aprendido aspectos asociados a los derechos como mujeres, dentro de la familia y también en la esfera laboral. Por otro lado, el curso es un espacio por fuera del hogar, un espacio propio en el que es posible “oxigenarse”:

“El curso me sirvió para salir de casa. Yo necesitaba salir de ese lugar, respirar un poquito. Era como una excusa, era mi tiempo. Venía acá y me desahogaba. Además, en el barrio no conocía a nadie. Y acá podía hablar con alguien, después me hice amiga de varias chicas.” (Andrea, 22 años, curso de costura)

En el caso de las jóvenes que buscan socializar, es interesante remarcar los cambios significativos que produce la experiencia del curso. Si bien algunas chicas mantienen sus trayectorias en una situación similar luego de la capacitación (no retoman los estudios y continúan en la inactividad siendo responsables del cuidado de sus hijos); en muchas otras la experiencia modifica significativamente su situación. Este el caso, por ejemplo, de dos jóvenes que luego de haber finalizado el curso obtienen un empleo (en un caso, en el ámbito formal). Estas jóvenes manifiestan haber sido estimuladas por lo aprendido en el centro de formación y haberse animado a “mostrar lo que saben”. Otro es el caso de una joven que a partir de la experiencia de cursada decide retomar el secundario en un bachiller de adultos y, al momento de la entrevista, se encontraba finalizándolo. En este último caso se percibe una incidencia en aspectos más profundos, como en la posibilidad de revalorizarse ante sus hijos: ahora ella cuenta con estudios, con capacitación. El curso le permitió generar nuevas metas y aspiraciones respecto de un proyecto laboral. Incluso asumiendo que eso puede generar conflictos con su pareja (que prefiere el rol de ama de casa para ella).

“Yo me enteré del secundario acá, justo estaba haciendo el curso de computación. Entonces, fui y me anoté (...) Y ¿sabés que es lo más importante? Que ahora puedo ayudar

a mi hija en el colegio. Es re importante. En eso me re ayudó el curso y me cambió (...) Y ahora quiero terminar la secundaria, tratar de seguir algo, recibirme y poder trabajar (...) Voy a estudiar algo que tenga salida laboral. Porque no puedo estar dependiendo de mi marido toda la vida. A él mucho no le gustaba que trabaje, pero yo ya le empecé a hablar.”
(Adriana, 29 años, curso de computación)

De alguna manera, el curso las “empuja” a pensar en un proyecto propio e imaginarse en un rol diferente por fuera del hogar. La posibilidad de compartir con otras mujeres el curso durante un año (sobre todo entre aquellos con mayoría femenina) permite verbalizar aspectos íntimos y de la pareja que de otro modo no se pondrían en palabras. Esta situación, en algunos casos, genera un cambio sustancial en las mujeres, sobre todo respecto de las relaciones de género al interior del hogar. Además, las jóvenes de este grupo mencionan la oportunidad de re-valorizar los saberes con los que ya contaban (muchas veces invisibilizados por la misma lógica de la división sexual del trabajo), para imaginar una carrera laboral.

“¿Sabés qué? Es re loco esto. El curso de costura sirvió para que muchas abriéramos los ojos. En serio. Decir “¿por qué nos tenemos que dejar basurear, doblar el lomo y no hacer lo que queremos?” No sé, marcó algo (...) Con una docente veíamos esta cosa de armar un currículum. Me acuerdo mucho una charla con ella. Por ejemplo vos vas a un jardín de infantes. Y sabés coser, lavar. Vos estabas buscando para ser maestra o profesora. Pero vos ponías solo lo relacionado a ese rubro. Y ella nos decía “¿por qué no podemos poner todo lo que sabemos?” Yo ahora pongo todo.” (Andrea, 22 años, curso de costura)

En el grupo que busca socializar, la incidencia más visible del curso corresponde al estímulo de la disposición al trabajo (que en algunos casos se traduce en una inserción laboral efectiva, facilitada por los apoyos brindados por la institución en términos de ampliación de redes sociales). Además, algunas jóvenes retornan al secundario y comienzan a configurar un proyecto de vida autónomo, por fuera de la órbita doméstica. De todos modos, las huellas del curso también se hacen visibles en los profundos replanteos respecto de su rol como madres y esposas y en sus proyectos a futuro. Si bien los efectos en términos objetivos pueden no ser tan concretos como en los grupos anteriores, sí resultan significativos en términos subjetivos, particularmente respecto al cuestionamiento de los mandatos tradicionales de género –siendo el grupo en donde más se manifiestan dichas resignificaciones-.

A modo de conclusión

De acuerdo a los perfiles de mujeres jóvenes analizados, hemos podido reconocer no sólo construcciones laborales diferentes, sino también diversas identidades de género que acompañan y dan forma a dichas construcciones. En el siguiente cuadro, pueden sintetizarse los principales aspectos que caracterizan cada uno de los perfiles:

	Sentidos del trabajo	Proyectos a futuro	Identidades de género
Comprometidas	Trabajo como fuente de realización personal	Carrera profesional	<i>Igualitaria:</i> varones y mujeres deben compartir la posibilidad de trabajar
Exploradoras	Actividad que permite experimentar y acumular para un futuro	Combina búsqueda vocacional y proyecto maternal	<i>En “constitución”:</i> aún no hay percepciones sólidas; el trabajo resulta un proyecto entre otros
Que buscan socializar	Actividad que se realiza como obligación	Centrado en la maternidad y el cuidado del hogar	<i>Tradicional:</i> El lugar de la mujer es su casa

En el caso de las chicas *comprometidas*, los vínculos con el trabajo se encuentran fortalecidos precisamente porque se sienten mujeres diferentes al resto. El compromiso con la inserción laboral, además de ser consecuencia de una necesidad económica, se encuentra atravesada por una percepción de sí mismas como mujeres fuertes que pueden y deben hacer lo mismo que los varones. En el caso de este grupo, las vivencias en el curso refuerzan esta perspectiva y brindan estrategias para ganar competitividad. Así, las discriminaciones de género en el mercado de trabajo no son cuestionadas, se aceptan como una condición. Que una mujer pueda ganarse un lugar en el mercado de empleo y sostenerlo, depende de su voluntad. De todos modos, las jóvenes de este grupo, no por ello dejan de remarcar las

condiciones injustas a las que se enfrentan por ser mujeres (en términos de brecha salarial, por ejemplo).

En el caso de las jóvenes que se encuentran en un período de *exploración* respecto de su proyecto profesional, los sentidos atribuidos al trabajo se ven atravesados por los múltiples horizontes que tienen por delante y que incluyen fuertemente el estudio, pero también la futura conformación de una familia. Las jóvenes exploradoras consideran que la asistencia al curso resulta una estrategia para concretar un proyecto vital de mayor alcance. De lo aprendido en los cursos, ellas resaltan la posibilidad de estar más dispuestas al trabajo; aprendizaje que acompaña el proceso de hacerse adultas. De todos modos, si bien en algunos casos se concreta una inserción laboral efectiva, no siempre el trabajo puede sostenerse en el largo plazo. Esto se debe al carácter contingente que adquiere el proyecto laboral, frente a situaciones que pueden irrumpir en sus vidas y generar la salida de la actividad. En este sentido, si bien las exploradoras aspiran a trabajar y sostienen que la mujer puede ocupar un rol de trabajadora al igual que el varón, sus proyectos profesionales no son tan firmes y pueden verse diluidos por alguna eventualidad. Así se refleja la ambivalencia en la que se encuentran muchas mujeres entre el proyecto laboral, educativo y familiar, que genera frecuentes entradas y salidas al trabajo, obstaculizando trayectorias laborales acumulativas.

Otro es el vínculo con el trabajo que manifiesta el grupo de las jóvenes que *buscan socializar*. Entre ellas, el trabajo es sinónimo de obligación y necesidad, en tanto la mujer tiene un rol más importante que cumplir dentro del hogar. Esta perspectiva se ve modificada a lo largo del curso. La capacitación, a pesar de no promover una inserción laboral efectiva, sí permite a las jóvenes replantearse los sentidos atribuidos al trabajo que, en algunos casos, también incluye profundos replanteos en torno al propio rol dentro de la familia y respecto de un proyecto autónomo. En este grupo, si bien la inserción laboral no aparecía como fuente de motivación a participar de los cursos, se transforma en una posibilidad a la que se aspira luego de haber egresado. En términos objetivos no se registran modificaciones sustanciales en las trayectorias de éste grupo, pero sí surgen nuevas perspectivas y horizontes, e incluso la configuración de un proyecto muy distinto al que se tenía antes de cursar.

Hemos observado que los vínculos con el trabajo estructuran fuertemente las decisiones y motivaciones de las jóvenes respecto de su inserción laboral y de la capacitación a la que asistieron. Al mismo tiempo, las relaciones con la actividad se encuentran asociadas a perspectivas más amplias de las jóvenes respecto del lugar que para ellas debería ocupar el trabajo en la vida de las mujeres. Hemos visto como una relación sólida y comprometida con el trabajo (alejada del mandato tradicional a permanecer en el hogar) resulta el motor de

trayectorias laborales estables y acumulativas. Asimismo, a lo largo del análisis fue posible reconocer que la resignificación de los vínculos con el trabajo (que incluye un cuestionamiento de los roles de género) resulta una incidencia significativa de los cursos de capacitación en las jóvenes más alejadas de la experiencia laboral.

Bibliografía

- BOLTANSKI, L. y E. CHIAPELLO. 2002. El nuevo espíritu del capitalismo, Madrid, Akal
- BOURDIEU, P. 2007. El sentido práctico, Buenos Aires, Siglo XXI
- CASAL, J. 1996. “Modos emergentes de transición a la vida adulta en el umbral del siglo XXI: aproximación sucesiva, precariedad y desestructuración”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, N° 75, pp. 295-318
- COUPPIE, T. et al. 2006. “De la ségrégation professionnelle à la discrimination salariale” en FLAHAULT, E. *L’insertion professionnelle des femmes. Entre contristes et stratégies d’adaptation*, PUR, Paris
- EPIPHANE, D. 2006. “Les femmes et les sciences font-elles bon ménage?” en FLAHAULT, E. *L’insertion professionnelle des femmes. Entre contristes et stratégies d’adaptation*, PUR, Paris
- HOCHSCHILD, A. 2008. *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*, Buenos Aires, Katz Editores.
- JACINTO, C. y CHITARRONI, H. 2009. “Precariedades, rotación y acumulación en las trayectorias laborales juveniles”, *9º congreso de ASET*, Facultad de Ciencias Económicas de la UBA
- JACINTO, C. y V. MILLENAAR. 2009. “Enfoques de programas para la inclusión laboral de los jóvenes pobres: lo institucional como soporte subjetivo”, *Revista Última Década*, Valparaíso, CIDPA, pp. 67-92
- JACINTO, C. et al. 2005. “Jóvenes, precariedades y sentidos del trabajo”, *7mo Congreso Nacional de Estudios del Trabajo*, Buenos Aires, ASET
- LAMAS, M. 1999. “Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género”, *Papeles de población*, n° 21, Universidad Autónoma del Estado de México
- LONGO, M. E. 2008. “Claves para el análisis de las trayectorias profesionales de los jóvenes: multiplicidad de factores y de temporalidades” *Estudios del Trabajo*, N° 35, Buenos Aires, ASET, pp. 73-95

- MOORE, H. 1994. "The problem of explaining violence in the social sciences", en GOW, P. and P. HARVEY, *Sex and violence. Issues in experience and Representation*, Londres, Routledge
- PÉREZ, P. 2008. La inserción ocupacional de los jóvenes en un contexto de desempleo masivo, Buenos Aires, Miño y Dávila.
- PREJAL-OIT. 2008. *Propuestas para una política de trabajo decente y productivo para la juventud*, Buenos Aires. OIT
- SALVIA, A. (comp.) (2008). Jóvenes promesas. Trabajo, educación y exclusión social de jóvenes pobres en la Argentina, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires- Miño Dávila.
- WALTHER, A. y A. PHOL. 2007. "Jóvenes y constelaciones de desventaja en Europa" *Revista de Juventud*, N° 77